

# Años veinte y radiofonía en la Argentina

«**S**i algunos años atrás nos hubiesen dicho que nuestra voz iba a ser oída a distancia de algunas cuabras sin comunicación alguna, nos hubiéramos reído, pero hoy día en que la electricidad a cada paso nos brinda una nueva maravilla, nuestro temperamento se ha hecho crédulo; así es que no ha mucho el telégrafo nos anunciaba un nuevo portento; la Melba, que cantaba en Londres, había sido oída simultáneamente en Roma, Madrid, Berlín, Estocolmo, París, La Haya, etc. y lo creímos...»<sup>1</sup>.

Entre la sorpresa y la credibilidad ciega que genera la modernidad, Federico Bos constata en 1920 una ruptura: la que separa al mundo en un *antes* y un *después* de la radio. El capítulo de la comunicación «inalámbrica» es sin duda el que afirma con mayor convicción ese perfil de país moderno que la Argentina sabe ganarse a lo largo de los años veinte. Basta con cotejar cronologías para detectar sincronías y, en algunos casos, incluso, hechos heroicos. Esa es, precisamente, una de las características de los tiempos signados por la figura del presidente Hipólito Yrigoyen: la cultura popular, en su desplazamiento inexorable a lo masivo, reduce distancias, crea la ilusión de cercanía, transforma por un segundo a la periferia en otro centro y desafía la brecha —real, por cierto— que separa al mundo de la Argentina. Se trata en verdad de una época de diversos acortamientos. También se reduce la distancia que media entre el tango y los sectores medios y altos de la sociedad rioplatense; Valentino y otras estrellas internacionales cruzan a velocidad *masmediática* continentes; el abismo que mediaba entre las masas analfabetas y las ofertas editoriales desaparece; campo y ciudad, dos mundos, se comunican cada vez más; escritores consagrados firman en revistas de gran tirada y un diario, *Crítica* de Natalio Botana, ofrece amarillismo y cultura al mismo precio. En ese sentido, los años veinte constituyen la primera década verdaderamente *moderna*.

<sup>1</sup> Caras y Caretas, Buenos Aires, 7 de agosto de 1920.

En esa historia de aventuras y cambios que parece llevar a su máxima expresión aquello que Octavio Paz llamó *la tradición moderna*, la crónica de los pioneros sugiere analogías con la de los primeros cineastas. Los primeros años de la radiotelefonía en el país ofrecen esa deliciosa combinación de la audacia del *self made man* con las condiciones históricas. No será esta la última vez que el hombre argentino se encuentre ante un punto de inflexión clave desde el cual puede ser protagonista. Pero parte de la singularidad de los años veinte en el Plata reside, justamente, en el optimismo, la efectividad y la proyección de futuro con las que son encarradas las empresas culturales. La radio, extensión tecnológica del espectáculo, viene a confirmar los sueños positivos de la sociedad que ríe con Florencio Parravicini, se emociona con los tangos que canta Carlos Gardel y contempla en el rito cinematográfico la destreza de Douglas Fairbanks y las desventuras de Chaplin.

## Primero fue Wagner

La aceleración del *tempo* histórico, la velocidad del cambio, es un rasgo del siglo XX que la radio pone de manifiesto desde sus orígenes. Entre los descubrimientos e invenciones de Heinrich Hertz, Lee de Forrest y Guillermo Marconi y la puesta en marcha de emisiones periódicas y de alcance «social», transcurren unos pocos años.

En julio de 1896, instalado en Gran Bretaña, Marconi logra enviar y recibir una señal a una distancia de cerca de 100 metros en alta mar. Veinticuatro años más tarde, la KDKA de Pittsburgh —perteneciente a la Westinghouse Electric and Manufacturing Company— pone *en el aire* un reportaje a Warren Harding, candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos. Antes de 1925, la RCA, creada en 1919, Westinghouse, ATT y General Electric integran la cadena radiodifusora NBC impulsada por David Sarnoff. Por entonces, diecinueve países de Europa cuentan con el nuevo medio de comunicación. Australia y Japón conocen y utilizan la radio gracias a las instalaciones de Telefunken y las publicidades más diversas ya cruzan los aires sostenidas por programas que incluyen música clásica y popular, noticias, transmisiones deportivas, comentarios políticos y radioteatros.

Este vértigo de novedades, este *crescendo* de la técnica en la comunicación también llega a la Argentina. Las fechas delatan al Sputnik rioplatense, aquella transmisión anterior a la de la Westinghouse. No es un milagro, ni un triunfo de las boleadoras sobre las ametralladoras. Se trata, más bien, de esa combinatoria antes señalada. La técnica es manejable,

operan sobre ella y con ella aficionados que al modo de los hombres de frontera se arrojan a lo desconocido y prueban y descartan. La técnica no es aún el misterio que se acepta pasivamente desde la cómoda posición del que ejerce *zapping*. La frontera que separa lo artesanal de lo industrial —simbolizada en esa piedra de la radio a galena que hay que saber colocar en el momento y en el lugar exactos— aún es frágil en cuestiones culturales. Un ojo y una cámara son el cine; un equipo que transmite modulaciones de la voz humana y la piedra que recibe del otro lado son la radio, cuando aún no se entiende bien qué separa un auricular telefónico de un parlante.

Experimentar es la cuestión. En 1912, David Sarnoff, un hombre a la caza de señales que surcan el *éter*, se entera del naufragio del Titanic. Lo hace con tecnología incipiente. El método no es demasiado distinto a los códigos precedentes de la civilización: las señales de humo, el sonido lejano de los caballos que retumban en el suelo, el punteo de Morse y, más recientemente, las voces en las primeras líneas telefónicas. Diez años más tarde, en 1922, Sarnoff será director general de la RCA. La aventura del pionero se transforma así en empresa y el explorador en capitalista.

Las *historias de vida*, que por cierto no explican en su totalidad un fenómeno tan ligado a lo *social* como es la radio, tienen para estos temas un peso muy particular. No es casual que se las recuerde una y otra vez, tanto en la Argentina como en los Estados Unidos y Europa. «Los locos de la azotea», «los locos del Coliseo», un puñado de porteños entusiastas, integran ese anecdotario venerado por los memoriosos de la radio. En una década pródiga en *historias de vida*, la radio presenta varios nudos, puntos por los que cruzan diversas líneas. El nombre de Enrique Susini es una de esas encrucijadas: parte de la radio y llega al cine en 1932 con los Estudios Lúmiton, reinversión de aquellos «locos de la azotea que siguen probando suerte en las industrias culturales».

No por muchas veces recordada la aventura de la primera transmisión ha perdido el encanto y el estilo *roaring twenties*. En 1919, el médico Enrique Susini es enviado a París a investigar las consecuencias del uso de armas químicas en la Primera Guerra Mundial. En la capital francesa, Susini no descuida su otra pasión y busca por las flamantes tiendas de artículos electrónicos los accesorios que necesita para superar el sistema de galena. De vuelta en Buenos Aires, Susini convoca a sus amigos Luis Romero Carranza, César Guerrico y Miguel Mujica para llevar a cabo la gran aventura: transmitir a los pocos receptores que hay en la ciudad una señal, una llamada desde un punto específico de Buenos Aires. El lugar elegido es el teatro Coliseo. Susini no es ajeno al mundo de la música y el teatro; llegará inclusive a componer y dirigir óperas y operetas en la

Argentina y en otras partes. En 1939 lo contrata la Opera de Roma como *régisseur* de *La damnation de Faust* de Berlioz. Con la aprobación de Mocchi y Da Rosa, los dueños de la prestigiosa sala, la noche del 27 de agosto de 1920 la voz de Susini presenta a Wagner, ahora transfigurado en ondas hertzianas: «Señoras y señores, la Sociedad Radio Argentina les presenta hoy el festival sacro de Ricardo Wagner *Parsifal*, con la actuación del tenor Maestri, la soprano argentina Sara César, el barítono Rossi Morelli y los bajos Chirino y Paggi, todos bajo la dirección de Félix von Weingartner, secundado por el coro y la orquesta del teatro Constanzi de Roma»<sup>2</sup>.

Con una antena en la azotea de una casa de la esquina de Cerrito y Charcas —hoy calle Marcelo T. de Alvear—, un micrófono que cuelga del paraíso del Coliseo y un transmisor de 5 vatios, la emisión pone a Buenos Aires en el código radiotelefónico. Así *aterriza* un medio que hasta ese momento se ha desarrollado en barcos, con marinos e ingenieros en alta mar. La elección del *contenido* —la música de Wagner— señala una primera relación entre radio y espectáculo, relación que el transcurrir de los años veinte irá profundizando. A partir de ese momento, Buenos Aires quedará cubierta por una red invisible de señales que introducirán a los corifeos del espectáculo argentino en la privacidad de los hogares.

## La Argentina en el aire

De Susini en adelante, como si cumpliera un plan durante muchos años elaborado, la historia de la radio en la Argentina se acelera, motivada tanto por el marco mundial de los *mass-media* como por la presencia de una potencial audiencia urbana. En poco menos de cinco años, la locura de la azotea se ha expandido por toda la ciudad y pronto lo hará por el país. Así como hay una tangomanía, una cinemanía y una teatromanía, la radio crea adicción. Es tema de conversación diaria, excusa para el humor, espacio en diarios y revistas. Los argentinos sienten que algo los une más allá de lo físico: se habla de comunicación «inalámbrica», de mensajes que el *éter* transmite en pase mágico, de cadenas que se forman por encima de las moles que albergan departamentos y los edificios públicos nacidos al fragor de la Argentina finisecular. En 1923, la primera revista especializada en radio explica y traduce: «Broadcasting es una palabra inglesa que significa algo así como difundir, desparramar, echar al aire, y esto es efectivamente lo que hacen dichas estaciones, desparramando generosamente noticias, conferencias y conciertos»<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> Este texto, el primero de un programa propagado por la radiotelefonía argentina y quizá mundial, está citado en todos los estudios que se han hecho sobre el origen del medio. Algunos de ellos son: Rocca, Edgardo. «Historia de la radiotelefonía en Buenos Aires (1920-1935)» (En: Boletín número 13 del Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1989). Diego Acosta: «La radio: de los pañales a los pantalones largos» (En: Todo es Historia, Buenos Aires, diciembre de 1988); Rubén Castillo: Silencio, estamos en el aire (Montevideo, Acali Editorial, 1979); Gallo, Ricardo: La radio, ese mundo tan sonoro (Buenos Aires, Corregidor, 1991). También puede consultarse Mario Tesler: La telefonía argentina (Buenos Aires, Editorial Rescate, 1990). Allí se menciona un ensayo de transmisión telefónica a cargo de Cayol y Newman en 1878.

<sup>3</sup> Radio Revista, Buenos Aires, octubre de 1923.